

LOS ABISMOS DE LA PIEL

LOURDES MERAZ

LA ESCRITURA INVISIBLE



EDITORIAL
TERRACOTA **ET**

No hay manera de reclamar nada. Una concesión del contrato que nadie escribió. Una sentencia que nos une y nos mantiene encerrados en un cuarto de hotel. A veces con orgasmos, a veces sin ellos. Por lo general, cumpliendo cada quien con los gemidos respectivos.

A veces quisiera salir corriendo y no volver a verte, pero me sorprende llamándote o me propongo callar para que tú me llores. Inmediatamente sé que la escena siguiente se repetirá en ese cuarto de hotel, entre tus piernas; con tus ojos cerrados y tus brazos en otro cuerpo que no es el mío y que sólo a veces, muy de vez en cuando, apenas me rodean pero no me abrazan.

A veces creo que se nos acabó el encanto y pareciera que el destino se encargara de amarrarnos haciendo que la noche siguiente sea colosal. Y cuando eso sucede, siento que me enamoro. Siento que me ves a los ojos y hasta me atrevo a decirlo en voz alta: “Te extrañé”. Y fantaseo con estar todas las noches contigo: construyo castillos enormes, laberintos floreados y tormentosos. Pero la distancia, el silencio y la ausencia me hacen ver que las aspiraciones que se me escapan de la imaginación parecen tener lugar de partida, pero nunca de llegada.

Yo escribo... ¿Y tú?

Tú duermes y me reclamas mi insomnio cuando no te permite brindarme más placer que el que pueden proporcionarme tus energías de reserva. Tú duermes y caes en un sueño tan profundo mientras que a mí me toca caer en picada aquí: en esta cama vacía en la que estoy con tu cuerpo inanimado y exhausto. Yo trato de volar. No sé a dónde... pero es que es tan difícil partir con un cuerpo tan pesado como el tuyo.

¿Qué día es hoy? ¿En qué día caerá la próxima cita?

A veces siento que me voy a quedar toda la vida con los ojos abiertos. Así soy: de la noche, despierta en la madrugada y con las manos hormigueantes a las cuatro de la mañana. Esperando a que hables, a que despiertes y me adviertas. Debería perder la esperanza; debería saber que todo esto no es cierto. Que me encuentre dentro de una pesadilla a la intemperie. Debería soñar con encontrar unas pupilas expectantes que puedan compartir esos instantes conmigo sin reclamos ni contratos.

Quisiera volver a soñar con esas manos en mi vientre queriendo atravesarme toda; queriendo poseerme con todo y por todo. Con los brazos incondicionales de la pertenencia, con un beso matutino y un abrazo que dure todas las noches del mundo. Quisiera, quisiera, quisiera pero se me acabó. No sé qué, pero se acabó. Eso no está, eso no es y no sé si será. Eso ya no se espera ni se busca; tampoco se puede olvidar. Eso sencillamente se deja a un lado y uno tiene que despertar por las mañanas y vivir su vida sin besos matutinos, sin desayuno listo, sin flores, sin brazos...

No es falta de esperanza, ni pesimismo, ni desaliento, ni rencor. Es la vida y punto. Es.

Es, cuando uno se levanta con el mismo cuerpo en el mismo estado y con la misma temperatura; con los

mismos olores y las mismas carencias. Es, cuando camino por las calles y veo a las parejas abrazadas y fulgurantes. Es, cuando veo a las princesas salidas de sus cuentos para esperar a sus príncipes azules. Es, cuando me río y cuando lloro. Es, cuando no me abrazan y cuando me miro en el espejo. Es, cuando no duermo en las noches y me lastima el sol de mediodía.

Es, cuando tomo café y cuando escribo.

Es y punto.

El tiempo nos ha hecho celosos y susceptibles. Dices que “a veces” me piensas. Es lo que más presente tengo de la última visita furtiva. A veces. A veces... Como si fuera un comentario al aire que, ambos sabemos, pesa como plomo. Me lo dices desde el baño del cuarto, como a cien kilómetros de distancia. Callo. Me dejo llevar por el torbellino sin oponer resistencia para no volver a fracturarme.

Bien. Ahora que sé que has decidido dejarme en el plano del “a veces”, voy por ti. Me subiré en el caballo del relato de mis días, cabalgaré hasta la torre donde estás escondido. Lucharé contra el dragón de tu indiferencia y te traeré de regreso. Es cosa de ser paciente y contumaz.

Voy por ti. Sin espada ni armadura. Sólo yo en este caballo que tan bien conoces.

Duermo a intervalos. No me quito la ropa; no distiendo las cobijas siquiera. Me quedo con las botas puestas para inmovilizarme en la medida de lo posible. Hago que la

incomodidad me levante. El despertador suena cada dos horas. Trato de terminar los bocetos; duermo un poco si mi ansiedad me deja o si la carga de trabajo no es mucha. Esta semana creo que sólo he dormido cinco horas de corrido. Sólo me he desnudado para bañarme en las mañanas. He tomado café como pocas veces. Mucha presión. Poco sueño. No sueño o no recuerdo lo que sueño o no sé si sueño que duermo.

El lunes no trabajo y tendré toda la mañana antes de que las serpientes de mi terco sentido del deber me obliguen a continuar por la tarde. El domingo espero descansar porque la semana que le sigue tengo entrega. Ven a mi casa el domingo en la noche. Desnúdame. Quiero dormir desnuda otra vez. Dame vino de tu boca. Arrúllame. Mira mis ojos cerrados e imagina lo que sueño. Huéleme. Déjame depositar mi cansancio en tus brazos. Dime que soy hermosa y acaríciame el cabello hasta que me duerma. Al menos, eso. Al menos espera que me duerma.

Y yo a tu lado, náufraga de tus sueños, sintiendo la suavidad de tus hombros y recorriendo tu torso con la yema de mis dedos.

Encontrarás mi cuerpo lleno de lunares. No hay marcas. Nadie ha pasado por aquí. Nadie. Estoy limpia; limpia para ti. Me puedes escuchar. Me puedes despertar. Me puedes desmembrar. Me puedes arrullar. Me puedes arruinar. Le hablo a mi nostalgia. Suelto y suelto las pa-

labras. Tengo las manos vacías. Qué bueno que no estés. Qué bueno que no vengas. Qué bueno que desaparezcas. Mejor así: sorda y ciega. Para no oír tus látigos, para no ver tus señuelos. Para no tragarme los engaños. Para no volver.

Está lloviendo mucho. Con la lluvia siempre me acuerdo de esa vez que llegamos empapados y lo primero que hicimos fue darnos ese baño de agua tibia para no enfermarnos. Muy a tu pesar, nos tuvimos que quedar toda la noche porque la ropa necesitaba tiempo para secar.

Siempre que llueve así me dan ganas de un baño de agua tibia como ese. Y a veces me lo cumplo pero tú no estás. Me conformo entonces con la toalla que me recibe siempre con esa temperatura perfecta, lista para contenerme con todo y la humedad.

El deseo se grita o se calla. En algunos casos se puede contener; siempre dependerá del momento, el lugar y la circunstancia.

Yo lo puedo callar un tiempo; mantenerlo en el sótano golpeando frenéticamente las paredes de mi frágil paciencia. Pero cuando pienso en ti, Minotauro... cuando pienso en ti se me sale por los poros, se me escurre por toda la piel.

Me crece como el largo de los cabellos; me crece con los cabellos.

Si me conocieras en tu ausencia podrías saber del sabor que tienes en mi dermis por las noches, cuando la

madrugada me acompaña para no pasar sola el insomnio.

Es que te me sales; te me sales del cuerpo cuando no estás dentro. Te me rezumas de entre las palmas y es entonces cuando las manos se me entrelazan en todo el rededor del sexo y entonces mi vulva cobra vida y te llama a gritos. Te llama a gritos porque tu nombre lo conoce muy bien.

Me siento estallar en cualquier momento, en cualquier lugar, en cualquier circunstancia: en este instante, desde ayer, desde anoche, desde que no estás, desde que me vine la última vez, desde que empecé a escribir la primera línea; desde hace mucho, desde hace poco, desde siempre.

Este sordo silencio sólo puede ser la señal de que lo peor acaba de ocurrir; de que lo que sigue es el dolor que tratará de habitarlo todo. De que habrá que empezar de cero otra vez.

Pareciera que te debo algo como para desear de este modo tan desatado, tan definitivo, tan insolente.

Es la terribilidad de saberme tan tuya. Tan penetrada. Es la angustia que me desvela. Estos ojos se me cierran pensando en ti... suponiendo, fantaseando, reclamando, dudando. La aplastante certeza de que te necesito más que nunca. La terrible pregunta de por qué no me llamas. La tinta de la pluma que se me acaba.

Lloro. Lo hago sabiendo que nadie vendrá. Que nadie escucha. Que pronto tendré que aprender a nadar porque no falta mucho para que esto sea un mar.

Y este insomnio. Este maldito insomnio que me tiene agarrada sin dejarme soñar.

En estos momentos, frente a la pantalla, en medio de las propuestas más absurdas y sin pista de aterrizaje, repentinamente pienso en ti. Pienso en esa capacidad que me das para cerrar los ojos. Me es incontenible y lo tengo que escribir. Puedo abrir los brazos.

Por cierto, estuve gimiendo mucho tiempo y conseguí venirme dos veces. Supongo que sabes que grité.

Ya no puedo respirar. Parece que el deseo se me fue de los labios. Quiero ver en mi almohada un pájaro y no veo nada. Ojalá se me pusieran las manos como el fuego. Ojalá tu cuerpo me fuera más ameno, menos doloroso. Ya es tan sólo un muro de espalda. Tu miembro dentro, nada más. Ya no puedo repetir tu nombre ni masturbarme en tu memoria.

Hoy tu olor era tan fuerte, tan humano. A veces tienes un humor que sólo se soporta en momentos de desmedido deseo. Y hoy yo estaba tan tranquila; preocupada pero —en la medida de lo posible— tranquila. No quería que me penetraras más. Sólo quería que te vinieras y todo se acabara.

Es tanta la angustia. Es tanta la desesperación. Es tan grande tu cuerpo. No sé qué pasa por tus pensamientos y las manos me hormiguean sin cesar y siento que estoy a punto de morir todo el tiempo.

Recuerdo cuando morí en tus brazos el día en que